

Una cosa y la otra

Juana Anzellini

Me acerco, me alejo, me alejo aún más, salgo del lugar y vuelvo. Vuelvo a entrar, vuelvo a mirar, me vuelvo a acercar. Veo un número considerable de puntos (en realidad cuadrados) que se despliegan sobre un fondo aparentemente blanco. Seis ensamblajes abstractos, seis experimentos de composición. Puedo empezar a pensar en las duplas convencionales que enfrentan el equilibrio al desequilibrio, el vacío al lleno, la forma al contenido. Podría creer que se trata de dislocaciones, de juegos binarios, de puro formalismo (aunque no de formalismo puro): cuadrados negros sobre una retícula blanca. Collage en blanco y negro. O lo uno o lo otro, o blanco o negro.

Después, pensando un poco menos y mirando un poco más, empiezo a creer que se trata de un trabajo bidimensional radical: un trabajo en blanco y negro. Sí, un trabajo sin términos intermedios, sin grises, sin matices. Llego a creer incluso que este grupo de collages abordan la problemática de la composición como una cosa o la otra, como algo que es, y no como algo que parece. Casi como una afirmación. Llego a fabular incluso con la idea de que es provocador. Pero entonces cuando empiezo a darme cuenta que son crucigramas sin llenar, crucigramas que no son crucigramas porque no queda rastro de caligrafía alguno, algo cambia. Veo más cosas y también pienso, pero ahora en otras cosas. Y al leer los letreros repujados en blanco sobre acrílico negro pegados en el centro de la parte inferior de los marcos blancos, los puntos negros empiezan a dejar de lado el formalismo, el equilibrio y la composición.

Big bang
Abracadabra
Jala jala bugalú
mutatis mutandis
modus operandi
Solución al anterior

Clásicas referencias de la trivía periodística dominical. Estos títulos sin duda guían, cuestionan y suscitan. Son el punto a partir del cual se abre la duda. Son el lugar en el cual la pregunta llega, se ancla. Cuando vuelvo a mirar el interior de los marcos, recordando el nombre que leí, tiendo a asociar lo que veo dentro del marco, con lo que está fuera de él: la plaquita de acrílico con el nombre y los puntos diseminados en el ensamblaje de papeles pegados. Quisiera ver formas de varitas mágicas y sombreros de copa, algún ritmo exótico, una carita feliz, un caballo de madera, un glifo, cualquier cosa reconocible.

Mientras pienso en el abracadabra y en el jala jala bugalú, miro las diferentes calidades del papel, los diferentes tipos de tono que la acidez provoca en la fibra vegetal, el texto de la otra cara que se alcanza a tamizar a través de la transparencia barata del papel periódico. Me fijo desprevenidamente en la diferencia de las retículas y empiezo a establecer una relación de eso con el nombre del periódico del que provino ese fragmento. Empiezo a entrar en el mundo de la especulación, y entonces no todo parece tan formalista y tan puro. Las líneas más pronunciadas de unas retículas empiezan a contrarrestar con la profundidad de la tinta de algunos cuadrados más afortunados. La repetición y el desorden se empiezan a hacer más visibles también. Me parece ahora, que los puntos se desperdigan sin ton ni son, que no hay ninguna manera necesaria de disponerlos en el formato, que todo eso del desequilibrio y el equilibrio parece estar aún ajustándose. Intento pensar en grises y creer que quizás todo eso puede ser también una cosa y la otra: equilibrio y desequilibrio, vacío que es lleno y lleno que es vacío, barahúnda que se funde en armonía, blanco y negro al mismo tiempo.